

Los elefantes del Kilimanjaro (6/7)

Por Falso

Corrimos hacia el estacionamiento. Cuando Rogerio logró evitar a todos los reporteros, se subió con Clara en su *bmw* y me dejaron con los dos guaruras. Con extrema amabilidad y señas, me pidieron que subiera a su camioneta. Rogerio, repetían, Rogerio, de lo demás no entendía nada. En el camino, a ratos, creí que entendía el portugués a la perfección, alcanzaba a captar algún significado pero hablaban tan rápido que desistí. Por su actitud y sus gestos, comprendí que me llevaban con Rogerio, que era bienvenido en su casa, que disfrutara el trayecto.

Me dediqué a mirar por la ventanilla. Nos metimos en la ciudad y después de un par de vueltas a la izquierda, entre el sonido de las gaviotas y el caminar sin prisa de los lisboetas, nos encontramos de frente con el amanecer sobre el río Tajo. Mi respiración iba al ritmo del sol ascendiendo. A pesar del intenso amarillo de frente, la luz proyectaba sombras azul grisáceo en cada ranura de cada edificio, en la pintura despegada de las casas viejas. De vez en cuando miraba a los guaruras y la forma en que inclinaban sus cejas le daba un dejo de tristeza a su conversación. Salimos de la ciudad y a mi lado izquierdo la franja plateada del río Tajo no se nos despegó. Después de veinte minutos, justo cuando el acantilado comenzaba a darle paso a una pequeña playa, dimos vuelta a la derecha. A juzgar por sus casas y las amplias áreas verdes que las rodeaban, estábamos en un lugar de veraneo para gente como Rogerio. Desde la entrada a la ciudad, varios automóviles comenzaron a seguirnos, fue

imposible dejarlos atrás. Aunque no sé si realmente esa era la intención. Cuando entramos a la cochera, bajé de la camioneta y Clara me abrazó como si nos hubiéramos salvado de algo terrible. Me alegró la mañana sentir su cuerpo. Al ver la mirada distante de Rogerio hacia su casa, disimulé y me alejé de ella. Uno de los guaruras comenzó a gritar. Qué pasa, le pregunté a Clara. Rogerio le acababa de decir que a partir de ese día, el *bmw* sería suyo. Tanta generosidad sonaba imposible, parecía demasiado despojado de sus posesiones.

Entramos. Estábamos en casa, ni más ni menos, que de Rogerio Vilas, el número uno en el tenis mundial por el año 2003 entero. La admiración que sentía al verlo caminar por su casa, se desvanecía de súbito cuando captaba que la mujer que lo abrazaba, era mi Clara, la hija del veterinario. El jardín estaba en el segundo piso, saliendo por la puerta de una de las recámaras. Clara se quedó acostada en una cama y nosotros cruzamos el jardín para llegar a la casa de huéspedes. Tenía mi propia alberca. Debajo de nosotros, en la calle, decenas de fotógrafos intentaban capturar a Rogerio. Me dio la impresión que posaba para darles buenos encuadres, pero la naturalidad con la que deambulaba conmigo, me hizo dudar. Esta es tu casa, Dustino, siéntate bien, me dijo y cerró la puerta. Bajé mi maleta y me aventé a la cama.

Al despertar, me asomé al jardín y Rogerio estaba acostado en una tumbona. Eran las tres de la tarde. Hacía un calor agobiante y él seguía dentro de su traje blanco. Su afro brillaba de sudor. Bebía de un vaso de whisky y miraba hacia el cielo. En mi cara sentí que había dormido de más. Miré la tina en el baño y me metí por una hora. Estoy en

Lisboa, pensé, es la primera vez que estoy dentro de una bañera, es más, es la primera vez que piso tierras extranjeras. Pensé en los navegantes que elevaban anclas en ese puerto y emprendían viajes hacia lo desconocido. Quizás había sido navegante en una vida anterior, quién sabe. Mientras el agua comenzaba a enfriarse, me entraron ganas de beber un whisky aunque fuera en compañía de Rogerio, después de todo había sido una superestrella del deporte. Salí de la bañera.

Me senté en una tumbona a su lado. Él seguía mirando al cielo. En la mesa había tres vasos y una botella a medias. Rogerio, le grité, ¿me sirves? Él brincó y después dijo con su acento mexicano:

-¡Dustino!, a huevo, ¿qué tal tu sueño?

Sirvió hasta el tope y me pasó el vaso.

-Dustin, no Dustino. ¿Por qué...

-Claro, cabrón, claro, es que así te hemos llamado de cariño todo este tiempo, perdónanos.

-¿Por qué me dijiste eso de listo para...

-Cuando conocí a Clara, le pregunté su nombre. Después de pensarlo un momento, me respondió: Dustina. Luego supe que lo había dicho por ti. A ella le gustó y ahora mucha gente la llama Justina. Y tú has sido Dustino, ¿nos entiendes?

Callamos un momento. Abajo de nosotros, seguía el barullo de los reporteros.

-¿Por qué te llamas Dustin?

-A mi mamá le gustaba Dustin Hoffman, el actor.

-Claro, claro. A mí me pusieron Rogerio por Rogerio Soares, un tenista mediocre. Qué curioso, ¿no? ¿Qué estará diciendo eso?

-¿Qué cosa?

-Que nos hayan llamado así por gente que admiraban de lejos.

De nuevo un silencio.

-¿Por qué dijiste lo de África cuando llegué?

-Clara me ha regañado ya, no debí decírtelo. Nos vamos a África. Es todo, ahora ya lo sabes. No te hemos pedido permiso, ¿verdad? ¿Eso te molesta?

-¿Allí será la boda?

Rogerio entrecerró los ojos y luego me sonrió.

-Sí, sí, allí será la boda. Nos casamos, ¿verdad?

Comenzó a sudarme el fleco. Era evidente que la boda era una mentira. ¿Qué podrían obtener de mí?, ¿para qué me tenían? Miré hacia todos lados, quizás podría eludir a los guaruras brincando hacia los reporteros. Sus cuerpos podrían evitarme fracturas graves. ¿Cuanto costaría un vuelo a México?

-Eres muy afortunado, Dustino, no tienes idea.

Me limpié la frente con una servilleta y le di un largo trago al vaso.

-¿Qué tienes Dustino?

-Nada. Me siento un poco extraño. Todo esto ha sido muy repentino.

Rogerio se incorporó y me vio a los ojos con seriedad.

-Oh, claro, Dustino, disculpa mis modales. ¿Necesitas drogas?

-No, no.

-Puedo conseguirte lo que quieras.

-No, me siento triste, me fui de Oaxaca así nomás.

-Oaxaca. He conocido muchos oaxaqueños últimamente. Ayer me visitó uno, por cierto. Está grave allá, ¿no?, te entendemos. Este amigo me dijo que en una manifestación, un helicóptero bajó a su altura para coger a varias personas. Eso suena terrible, ¿cierto o no cierto?

-¿Hablas en serio?

-Eso me dijo mi amigo. Pero no te preocupes, Dustino, cuando vuelvas a Oaxaca, verás todo con otros ojos.

Rogerio se levantó a quitarse el zapato derecho, luego se sacó el calcetín, lo tomó de la punta y me lo puso en la cara. Yo me eché hacia atrás.

-Mira, cabrón, ésta es la realidad, un calcetín. Después de este viaje, verás así -dijo mientras trataba de mostrarme el revés sin soltar la punta. No pudo darle toda la vuelta-. Bueno, tú nos entiendes.

-No, Rogerio, no.

Abajo se escuchó como los fotógrafos corrieron a obtener el mejor ángulo de la escena. Rogerio se quedó congelado por un segundo y luego se sentó. Después de un momento de silencio, continuó:

-Estoy hasta la madre, como dice Clara. Me siguen a todas partes esos fotógrafos. Si fuera por mí andaría en calzones por mi casa pero resulta que soy el único que ha ganado algo en este país. Es mucha presión, Dustino.

-¿Por eso te retiraste?

-¿Cómo dices?, no. No, cabrón, no nos retiramos por eso. Siempre quise ser famoso, sólo que no tanto. Mi papá me llevaba a jugar torneos desde los ocho años. En ese entonces salir de la ciudad era conocer un mundo completamente diferente, los sabores eran distintos. Ahora viajas al último rincón del mundo y masticas el mismo dulce, con el mismo sabor, con la misma envoltura. Soy Rogerio Vilas en todas partes.

-¿Entonces?

-No me molesta la fama, ni la presión, pero quejarse es parte del encanto, por eso nos quejamos.

-No. ¿Entonces, por qué te retiras?

Rogerio volteó hacia los fotógrafos. Aparecieron los flashes. Ya atardecía y se levantó a encender las luces del jardín. Clara salió de la recámara con un vestido rojo y una bufanda blanca, sin gafas. Rogerio avanzó hacia ella, la besó en los labios. Yo también debo cambiarme, dijo y desapareció. Clara se acercó a mi tumbona, no podía contener la risa.

-¿De qué te ríes?

-De que estés aquí. No puedo creerlo.

-Tú me lo pediste.

-¿Te gusta Portugal? Ahorita vamos a dar una vuelta, te va a fascinar.

Miramos cómo el sol terminó de ocultarse. Los flashazos perdieron frecuencia. Me bebí otro vaso de whisky.

-¿Cómo es eso que vamos a África, Clara? No entiendo.

-Tú ven, Dustin. Sígueme -dijo ella, tomó mi mano derecha y se la llevó a los labios. Sentí la sombra de Rogerio y la retiré.

-Vámonos -dijo él mientras servía whisky en otro vaso. Se había puesto de nuevo un traje blanco.

-Voy a cambiarme -dije.

Quando llegamos al barrio alto de Lisboa, parecía que toda la gente había desaparecido. Pocas luces encendidas, pocos autos. El guarura nos dejó en un semáforo y luego

aceleró su nuevo auto. Caminamos por una calle empinada. De la mano, Rogerio caminaba triste, Clara alegre. Yo me asomaba en cada esquina. Pedazos de río eran enmarcados por edificios oscuros. El agua brillaba por las luces de la ciudad. A medida que avanzábamos, el ruido crecía y la gente aumentaba en las calles. Todos se congregaban alrededor del tenista apiñonado, quien, sin ningún problema, se detenía en cada esquina a repartir autógrafos. Unos lo felicitaban, otros le reprochaban su retiro. Cuando le preguntaban la causa, él sonreía y miraba hacia Clara, quien se subía cada vez más la bufanda. Rogerio se animó y aceleró el paso.

Nos detuvimos por completo en una esquina donde estaba reunida media docena de negros. En cuanto vieron a Clara, le gritaron Justina, Justina, *amanhã você vem, finalmente*. A Rogerio casi no lo tomaron en cuenta.

-Ponte un nombre falso -me dijo Rogerio.

-¿Cómo?

-Sí, ¿con qué nombre quieres que te presentemos? No puede ser Dustino, tiene que ser falso.

-Andrés -dije sin pensar.

-Él es Andrés Soares -dijo Rogerio en español-, esperemos que sea un nuevo Elefante.

Los negros voltearon a escudriñarme de arriba abajo. Uno sonrió y me ofreció hachís.

-*Ele é meu amigo* -dijo Clara, sonriéndome.

El círculo se asombró. Después de un segundo, volvieron todos su interés hacia ella. Rogerio tan sólo la miraba. Yo igual, pero la diferencia era que yo no entendía nada. Clara no dejaba de hablar con sus mismos gestos en la cara, sus ademanes bruscos, su ojo izquierdo. De su bolso sacó las fotografías que me había enseñado en Oaxaca. Todos la escuchaban atentamente. Pensé en una semana atrás, en lo distinto que era todo. ¿Por qué me habían presentado como elefante?, comencé a marearme. Rogerio me miró.

-Andrés, ¿qué te pasa?, ¿necesitas algo?

-No, no, gracias.

-Andrés y yo vamos por unas cervezas -le gritó a Clara y me tomó del brazo.

Clara nos sonrió, me dirigió una extraña mirada de agradecimiento y nos mandó un beso. En todo el camino Rogerio no habló, aunque toda la gente lo reconocía, miraba hacia cualquier parte con las cejas en posición de tristeza. Imaginé que entraríamos a un bar exclusivo a despilfarrar su fortuna en botellas de Champagne. En vez de eso, Rogerio se detuvo en una tienda y pidió dos cervezas de litro. Las pagó, se las destaparon y se sentó en la banqueta a bebérsela. Me senté a su lado. Sus admiradores me veían con asombro. Empecé a sentirme cómodo en el papel del amigo de la superestrella. Chocamos las botellas.

-¿Cómo conociste a Clara?, ¿cómo es que es tu pareja? - le pregunté francamente sorprendido por el entorno.

-El día que perdí mi invicto en la primera ronda de un torneo en las afueras de Barcelona, bueno, en realidad me

dejé ganar. Acababa de conocer a Veit Helmer en Berlín, un cineasta elefante...

-Explícame eso de los...

-No no, Justina me dijo que todavía no. Ella es Elefante. Tienes mucha suerte de que te quiera, cabrón, es lo que te puedo decir. Yo soy Elefante, esos angoleños, mucha gente en realidad.

-¿Qué es lo que tengo que hacer para saber?

-Seguir a mi lado.

Nos quedamos callados. Le dio un trago a su cerveza.

-Todo el tiempo que fui tenista, no bebí ni una gota de cerveza. Ese día que perdí mi invicto bebí más de la cuenta. Helmer me había invitado a una cena con defensores de los derechos humanos en el mundo, no desaproveché la oportunidad y terminé en mi hotel con una escritora ecologista. Tienes que saber que cuando uno se convierte en Elefante, sufre una especie de resaca, muy triste. El calcetín estaba al revés y eso me tenía muy loco, así que me refugié en la escritora. A los dos meses, tenía que viajar a un torneo en Estados Unidos. Como todavía no me retiraba, viajé y al segundo día cancelé mi participación y volví a casa de la escritora. Ella estaba en la cama con otro cabrón. Él se escabulló y lo perseguí hasta llegar otro apartamento, ¿me entiendes? Le toqué y le toqué, azoté le puerta, le grité que lo iba a matar y, después de un rato, salió Justina a reclamarme qué chingados me ocurría.

-¿Eran pareja?

-No, era su amigo. Había corrido hacia allá porque le quedaba cerca. Cuando vi sus ojos hinchados, se me bajó la rabia. Me dejó pasar con la promesa de no ponerme violento. Discutí con el otro pero no tenía sentido, en realidad quería impresionar a Justina. Le dije que se quedara con la escritora ecologista, que no me importaba, luego se fue y yo no quería marcharme de esa casa. Justina me dijo que me había visto en la cena y, antes, en la cancha por televisión, empezamos a platicar. No salí de su casa en dos días, allí me cocinó y me mantuvo expectante siempre en el hilo de su conversación. Después de unos seis meses se regresó a Oaxaca. Yo fui a visitarla un par de veces y ella vino una docena de veces en tres años. Nos necesitábamos. En uno de esos viajes decidió que me acompañaría en mi viaje a África. Y ya ves, se involucró tanto que ahora es una especie de celebridad entre los Elefantes, sobre todo porque resultó que ya conocía a varios.

Al terminarnos nuestra cerveza, Rogerio y yo volvimos al círculo de angoleños. Decidieron ir a un punto aleatorio de la carretera. Los angoleños se subieron a una camioneta y arrancaron. De camino al *bmw* del guarura, que nos esperaba a unas cuadras, Rogerio se adelantó y Clara me tomó del brazo.

-¿Estás feliz? -me preguntó.

-No lo sé. Estoy en Lisboa, ¿qué chingados es todo esto?

-¿Todo lo anterior parece muy lejano?, ¿verdad?, Oaxaca, tu familia.

-Sí, así parece.

-Pero no lo olvides.

Le conté mis últimos días de trabajo, las últimas semanas en mi extraña llegada a Oaxaca, las ganas de verla, la entrada de la policía a la ciudad. Le confesé que me sentía muy extraño. Rogerio se subió al auto. Clara le pidió que nos esperara un momento.

-¿Qué pasa? -me preguntó Clara.

-No sé, siento que me estás tomando el pelo.

-Te sientes frustrado.

-Sí.

-Tenías otras expectativas, ¿no?

-Claro.

-¿No tiene sentido que estés aquí?

-Ninguno.

-Suéltate Dustin, déjate llevar, sé Andrés. Qué importa si no le ves sentido. Ya llegaste hasta acá, mira a tu alrededor, estás en Lisboa. Ven con nosotros, pronto llegaremos al final. Verás que no te tomé el pelo.

-No sé.

-Lo que te frustra es ese Dustin que no ha logrado lo que quería, que no está satisfecho. Relájate, no esperes nada de mí, de quien tienes que esperar es de ti. Déjate llevar.

-¿Cómo que no esperé nada de ti y te siga? No entiendo.

-Sígueme.

-Pero es que no tiene sentido.

-Sígueme.

-Clara...

-Sígueme.

Me sostuvo la mirada. ¿Eran las mismas ojeras de hace diez años, afuera de su casa? Sí, sí eran. Recordé el día que la volví a ver en la carretera, en la caseta de Huitzo. ¿Por qué cuándo la vi sentí alivio, como si el viaje a Oaxaca hubiera obtenido sentido?, ¿por qué siempre le estoy buscando sentido a mi vida?

-Está bien, Clara.

-Muy bien Andrés, va a valer la pena, vas a ver. Vámonos -gritó, me dio un beso en la mejilla y corrimos hacia el auto.

-Lisboa debe ser la ciudad de las miradas perdidas en el océano, una ciudad para pensar en la muerte, ¿no? -dijo Clara.

Nos detuvimos en la carretera a mirar el choque del río contra un acantilado, bajamos a una pequeña playa envueltos en humo de hachís. Todos frente al Tajo, cada quien en su conversación y en su lucha contra el frío.

-¿En qué piensas? -me preguntó.

-Un día fui con Ximena a ver una exposición de fotoperiodismo. Yo me quedé un buen rato mirando una de las fotografías perdedoras: Al centro de la composición unos ojos rojos saben que están a punto de extinguirse. Un negro en harapos, arriba de una camioneta de la policía haitiana, ve hacia la cámara. Pensé que le pedía auxilio al fotógrafo. Ahora pienso en él y veo que no, esa mirada trataba de guardarse a la vida en su memoria. Pobre, como si se pudiera, seguramente ya está muerto. Apenas, en Oaxaca, volví a ver esa mirada.

Calra agarró mi brazo y se abrazó con él. Los otros hablaban en portugués. Por fin me sentía a solas con ella. El Tajo rugía el sonido de su cauce. El ritmo lo marcaban las llantas de los autos que pasaban arriba de nosotros en la carretera.

-Tengo ganas de platicar -le dije a Clara-. Desde que tú comenzaste con el recuerdo que destapó tu barril de mierda, yo he pensado en eso.

-¿A ver? Cuéntame.

-Tampoco sé si es cierto o no. Le temo a este recuerdo porque no sé si es un invento mío. De pronto aparecen destellos cuando tengo la mente en blanco.

-¿Cómo?

-Me veo de doce años, con mochila y uniforme, caminando por la colonia Reforma, apunto de llegar a mi secundaria. Es muy temprano, me he adelantado para planear una excursión a

una montaña, antes de que empiece la clase. Saco vaho por la boca, la textura de mi sueter me raspa los brazos. A pocas cuadras de llegar, alguien me grita Dustin. Dooos-tiiin. Nadie se llama Dustin en Oaxaca, así que volteo. La voz proviene de una camioneta. Dooooos-tiiiiin. Me detengo, volteó y avanzo hacia la voz. Me asomo por la ventanilla. Mi maestra está en el lugar del copiloto. Trae un vestido verde ceñido, su escote me permite ver un lunar justo en medio de sus pechos. Dustin, niño lindo, sácame de aquí, me dice, estoy un poco bebida, ya no puedo llegar a la escuela, ¿podrías llevarme a casa? Pero no sé manejar, le digo. Yo te enseño, es que en verdad no puedo. ¿Qué le hicieron?, le pregunto. Estoy bien peda, me dice ella, sólo necesito que te subas al auto.

-¿Y te subiste?

-Pues sí. Adentro, al ver manchas de sangre en el asiento y en el piso, mi pené se puso duro. Ella no tardó en darse cuenta. ¿Te parece atractiva tu maestra?, me preguntó. No, maestra, claro que no. No tengas pena hijo, ¿te gusta mi escote, verdad? Y yo: Sí, sí me gusta. ¿Te gustan mis piernas? Y yo: sí, maestra, sí me gustan.

-¿Cómo era tu maestra?

-La clásica cuarentona entrada en carnes, dentro de un vestido apretado. Me preguntó otra vez si sabía manejar. Le dije que no. Qué pena, dijo, eras mi esperanza. Se volteó hacia mí, su aroma alcohólico me envolvió y también su calor. Colocó su escote muy cerca de mi rostro. Y después, con su mano derecha me abrió el cierre, sentí sus uñas largas. Abrí la puerta, me subí el cierre y salí de ahí corriendo. Entré a su clase y ella no estaba. Mi corazón estaba muy agitado. Fui al baño y me vi que tenía manchas en el pantalón, como si hubiera tenido un sueño húmedo. Me amarré el suéter en la

cintura y volví al salón. La prefecta les anunciaba a mis compañeros que teníamos el módulo libre. Yo me la pasé cincuenta minutos vagando por la escuela, con un chingo de frío.

-Qué impresión.

-No se lo había contado a nadie.

-No lo dudo.

En ese momento, Rogerio y los angoleños estaban escuchándome sin que yo me diera cuenta. Clara me soltó y empezó a reír. Luego la siguieron los demás.

-Ay Andrés -dijo Rogerio.

Me llamaba Andrés. Sentí una carcajada en el estómago, pidiendo salir, subió, se detuvo en la tráquea y, después de un escalofrío, la solté. Me empecé a reír. Cada que alguien decía Andrés, no podía controlar mi tráquea. Andrés, carcajada, Andrés. Andrés y a cada carcajada, sentía que el Atlántico entraba en mi pecho. Me sentía relajado, el viento en mi cuerpo hablaba con mucha convicción.

A la mañana siguiente, desperté como si me hubiera sometido a un exhaustivo masaje. Asomé la cara al jardín. Rogerio estaba sentado en una tumbona, bebía café con una mano y con la otra sostenía una taza de café. A su lado, Clara estaba recostada con su antifaz. Al escuchar mis pasos, los dos se incorporaron a mirarme.

-Andrés, cabrón, ¿estás listo? -dijo Rogerio.

Ahora estamos en un vuelo rumbo a Frankfurt. Esperaremos seis horas para conectar con el vuelo hacia Dar Es Salaam. Un Elefante espera a Rogerio a cincuenta kilómetros del aeropuerto. Ya en el punto de encuentro, Clara me ha dicho que tendrán que sedarme para no memorizar el camino. Me pide que confíe ciegamente en ella.

De nuevo soy el niño de seis años que forra sus libros antes del primer día de clases. El quinceañero que llega a casa de su novia y se entera que no están los padres. De nuevo soy el veinteañero que se sienta a escribir una novela sin saber hacia dónde lo llevará la prosa. Vuelo a Tanzania. Tengo miedo, mis nervios están erizados. Comienzo a tener un tic, un movimiento de mandíbula que no puedo controlar, como si tuviera frío todo el tiempo. Además tengo un nombre falso, ahora me llamo Andrés Soares. Me carcaejo.